

El uso político de las emociones en los campos de batalla.

Paroxismo de la traición: el final de la fortaleza inexpugnable 30 de noviembre de 1870)

The political use of emotions in the battlefields. Paroxysm of tradition: the end of the unassailable fortress

Escrito por **Marcelo Cassinelli Bálamo**



Fotografía del Cerro de Montevideo. Bate y Ca. (Montevideo).1870. 34 x 26 cm. BNU-CD

Resumen

El siglo XIX uruguayo fue bélico. La guerra ocupó buena parte de la vida social y política de la población que manifestó formas culturales que correspondieron a los avatares castrenses, involucrando regímenes emocionales que determinaron las conductas expresadas conforme las demandas surgidas desde un poder que generalmente no fue el instituido oficialmente. Reconocer los usos políticos que tuvieron las emociones en diversos campos de batalla permitirá identificar nuevos vínculos, expresiones y manifestaciones que determinaron las vidas de los protagonistas históricos.

En este artículo se indagará a través de un estudio de caso enmarcado en la contienda conocida como la Revolución de las Lanzas (1870-1872), situando la atención en un episodio que involucró el asalto a la fortaleza militar ubicada en el Cerro de Montevideo el 30 de noviembre de 1870. Las narrativas oficiales de la época visualizaron como causa de este suceso las acciones de un traidor escurridizo que habría integrado filas gubernamentales, sin alcanzar eficazmente a identificar a ningún acusado ¿Qué usos políticos tenía el honor y su ausencia visualizada en la traición en el periodo? ¿Realmente existió el traidor del Cerro o fue una construcción retórica por parte del Gobierno para evitar evidenciar los daños provocados en la defensa y menoscabar la capacidad militar del adversario?

Palabras clave: Historia de las Emociones — Historia social de la guerra

—Revolución de las Lanzas.

Abstract

XIX century in Uruguay was warlike. The war was present in a great part of the social and political life of the people and manifested itself in cultural forms that matched the military events. They involved emotional regimes determining behaviors conforming to the demands of a power that was not officially established. Acknowledging the political uses of emotions in diverse battlefields lets us identify new connections, expressions and manifestations that led the lives of historical protagonists. In this case the event of the Revolución de las Lanzas (1870-1872) will be explored. Special attention will be paid to the attack on the military fortress in Cerro on November 30, 1870. The official narratives of the time considered the actions of a traitor as the cause of the attack. What political uses did honor and its absence have from the perspective of betrayal in this period? Did the traitor of "Cerro" really exist or was it a rhetorical construction on the part of the government to hide the harms of the defense and weaken the military power of the enemy?

Keywords: : history of the emotions – social history of wars – Revolución de las Lanzas

«La guerra no consiste sólo en la batalla sino en la voluntad de contender»
Thomas Hobbes (1588-1679)

Sobre las posibilidades teóricas y metodológicas que ofrece el estudio de los usos políticos de las emociones para el estudio social de la guerra

El presente artículo busca arrojar luz sobre dos espacios que han carecido de atención dentro de los estudios historiográficos rioplatenses; el primero refiere al marco conceptual sobre el que transita el campo de investigación que fundamenta la teoría y metodología desarrollada, la historia de las emociones humanas; el otro refiere a los estudios históricos sobre los campos de batalla que tuvieron escenario durante tiempos decimonónicos en el Río de la Plata, especialmente en lo que refiere a las últimas décadas del siglo XIX uruguayo.

Este estudio intentará arribar a las emociones políticas del periodo atendiendo un espesor reducido y acotado dentro de un escenario diacrónico y evolutivo de la contienda militar, estableciéndose un estudio de caso asociado al episodio militar situado dentro del suceso de armas denominado la Revolución de las Lanzas (1870-1872) en territorio uruguayo. Se aludirá a contingencias enmarcadas dentro del sitio a Montevideo, más específicamente involucrando un escenario localizado en la fortaleza del Cerro como espacio de pugna, que fue ocupado eventualmente por las tropas revolucionarias. La selección del hecho remite a la trascendencia de gran resonancia que tuvo para las filas gubernamentales una pérdida estratégica de tal magnitud, afectando notoriamente la figura del presidente Lorenzo Batlle al mando de las tropas oficiales, así como también, provocando una reacción contraofensiva inmediata sobre la Villa de la Unión en afán por recuperar la credibilidad y confianza de la población sitiada por parte del Gobierno.

El enunciado conjetural que se establece supone que a partir de la discursividad emanada desde centros de poder mediante comunicados oficiales o a través de la prensa escrita, se buscó determinar las percepciones y conductas de los hombres en armas. Apelando a la provocación emocional para lograr cometidos políticos que iban desde la legitimación y justificación del poder oficial del Gobierno, hasta el ahínco en la batalla por parte de los ejércitos.

Se buscará sostener que el escenario de guerra civil configuró una emocionalidad social determinada, sostenida de manera hegemónica debido al estado de guerra permanente durante el siglo XIX uruguayo (Barrán, 1989). Este plano hipotético será revelado a través del uso de fuentes que evidencian cómo el gobierno de Lorenzo Batlle apeló a la emoción de los combatientes y habitantes de la capital inermes para construir el discurso político legitimador desde la prensa periódica. Presentándose la emocionalidad como campo de batalla y las emociones como armas utilizadas desde el discurso político. Mientras que, al mismo tiempo, los líderes revolucionarios apelaban a ciertas génesis de ideas con fuerte reparo en cargas emotivas buscando generar impulsos activos en las manifestaciones de los combatientes, encauzando y justificando sus acciones.

La posibilidad de revelar las expresiones y experiencias emocionales que acompañaron ciertos relatos políticos testimoniados por medio de fuentes históricas sugiere la posibilidad de encuadrar determinadas categorías emocionales en correspondencia con estilos de conducta y afectación visible en los protagonistas y contendientes de la guerra de 1870. De esta manera, el concepto de dignidad ofendida y pasión violenta aparece normalmente asociado a determinadas normas emocionales como la lealtad, el honor, la valentía e incluso la traición, aspecto en el cual concentraremos la atención para este opúsculo. Definiendo una serie de conductas que sostienen una justificación amparada en la obediencia o incumplimiento de determinadas prácticas convenidas culturalmente.

Las preguntas que se buscará responder se desprenden del problema que incluye variables o categorías como la experiencia emocional en los campos de batalla, las relaciones de sociabilidad entre combatientes y mandos superiores, y el uso retórico de permanente énfasis emocional para generar reacciones en la sociedad en guerra.

¿Cómo se construyeron discursos políticos desde el orden retórico sobre las comunidades emocionales en armas? ¿Cómo fue determinado el discurso en relación con el objetivo de usar apelativamente de forma política una determinada emoción? ¿Qué influencia tuvo la retórica política en la conducta y experiencia emocional de los combatientes? Las narrativas oficiales de la época visualizaron como causa del suceso del Cerro las acciones de un traidor escurridizo que habría integrado filas gubernamentales, sin alcanzar eficazmente a identificar a ningún acusado ¿Qué usos políticos tenía el honor y su ausencia visualizada en la traición en el periodo? ¿Realmente existió el traidor del Cerro o fue una construcción retórica por parte del Gobierno para evitar evidenciar los daños provocados en la defensa y menoscabar la capacidad militar del adversario? Las preguntas a las fuentes buscarán revelar desde la interpretación de testimonios, memorias, prensa periódica, actas de leva y epístolas cómo las experiencias emocionales fueron configuradoras del discurso político, y a la vez cómo el discurso político desde la retórica emocional fue el que determinó qué experiencias o conductas establecer por parte de las fuerzas en armas en disputa.

Sobre la historia de las emociones y los campos de batalla

Desde el segundo tercio del siglo XX lo afectivo logró registrarse como un aspecto tangible desde su definición conceptual. Norbert Elías (1897-1990) identificó en la Modernidad un proceso de civilización que llevó al control de las emociones. El empuje hacia la racionalidad habría provocado mutaciones en la emocionalidad de las sociedades, suponiendo la variabilidad en los individuos a partir de las relaciones sociales históricas más allá de la psiquis individual.

La historiografía académica había relegado a las emociones de su centro de interés como objeto de estudio. A pesar de la prosa apasionada y las excepciones decimonónicas referidas a los estudios sobre historia cultural, el interés por las emociones se condujo hacia

la racionalización, la universalización de los sentimientos o las conductas de los individuos. Tanto Georg Simmel, Max Weber y Norbert Elías, precursores en el análisis antropológico y sociológico de las emociones, siempre sostuvieron el vínculo entre la expresión sensible y su tensión con el control provocado por el proceso civilizador.

El campo de estudio historiográfico interesado en las emociones surgió a partir del intento por comprender las relaciones generadas en el espacio privado, en donde propició investigaciones sobre deseos y temores colectivos. Allí podemos situar la obra de Lucien Febvre (1941), quien estableciera en los sentimientos de odio, miedo, crueldad y amor un campo de estudio plausible (Bjerg, 2019). Los avances teóricos más profundos en el campo surgieron desde la sociología, donde se propusieron modelos y categorías que permitieron conceptualizar las emociones como manifestaciones culturales, sociales e históricas.

Arlie R. Hochschild (1979) estableció un modelo de análisis interactivo entre la dimensión biológica y cultural que permite identificar las emociones junto a los factores sociales que las comprenden. El entendimiento de las relaciones establecidas entre las emociones *manifestadas/ reprimidas* por el sujeto y su condicionamiento determinado por la estructura social dio paso a la construcción de categorías analíticas que proveerán posteriormente a la historia de las emociones con los conceptos de *normas emocionales, expresiones emocionales, gestión emocional y cultura emocional*. El aporte trasciende la nomenclatura académica y dispara ejes de análisis que permiten visualizar la significación de las emociones en sus contextos sociohistóricos. Asociados a la «corrección» del sentimiento, pero también a cómo manifestarlo y expresar acciones conformes a ello.

El concepto *cultura emocional* se volcó hacia los estudios antropológicos en la década de 1980, comenzando a establecer nuevos enfoques interpretativos sobre las experiencias subjetivas, desnaturalizando las emociones e incorporándose dentro de determinados grupos sociales que operan y funcionan dentro de categorías construidas socialmente. Los estudios etnográficos de Rosaldo, Abu-Lughod y Lutz dan cuenta del uso del dispositivo teórico, destacándose el aporte de Lutz en *Unnatural Emotions* (1988) quien resignificó el concepto tradicional de emoción en Occidente para comprenderlo en tanto *práctica ideológica*, identificando el discurso cultural sobre las emociones a través del estudio de los signos verbales y no verbales inscriptos en la acción (Plamper, 2017: 29). La *desuniversalización* de las emociones y la renuncia a su naturaleza psíquico-fisiológica e individual se desarrolló desde el construccionismo social que permitió entender a las emociones como objetos sociales y culturales. El «giro afectivo» que vivió el mundo académico motivó estudios en este sentido, comenzando un proceso de indagación en la experiencia emocional del pasado.

La producción historiográfica comenzó a mostrar interés en el campo desde la historia social de la cultura mediante los estudios que pusieron foco en las relaciones familiares establecidas por la Modernidad, con antecedentes posibles en *Los reyes taumaturgos* (1924) de Bloch y *El problema de la incredulidad en el siglo XVI* de Lucien Febvre (1942). La niñez y el matrimonio introdujeron hacia las décadas de 1960 y 1970 a la vida privada como campo de estudio, avanzando en torno a la utilización de nuevas fuentes y metodologías de análisis. Son ejemplo de ello *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen de Ariès* (1960), *El nacimiento de la familia moderna* de Shorter (1975) y *Familia, sexo y matrimonio en Inglaterra, 1500-1800* de Stone (1977).

Dentro de los aportes teóricos de mayor persuasión se encuentran los señalamientos de Reddy (2001), quien supuso que el *régimen emocional* mantiene una estrecha relación con el estado-nación, desvirtuando la comprensión de las emociones en tiempos pretéritos al control del tejido social por parte del Estado. Incluso agrega la falta de comprensión que presenta el concepto de *régimen emocional* para evaluar la variación y el localismo de las emociones incluso dentro de la órbita estatal. La medievalista Barbara Rosenwein (2006) refutó parcialmente el término régimen emocional por entender que anula la existencia de un conjunto de emotives, estableciendo el concepto de

comunidades emocionales. Reducción de escala que visualiza los sistemas de sentimientos que rigen la vida de los individuos en las comunidades de forma unívoca.

Las críticas al sistema planteado por Reddy vinieron de Stearns y Scheer (2003), esta última buscó agregar al corpus teórico un análisis más preciso sobre la imbricación de mentes, cuerpos y relaciones sociales. Denotando la expresión *emotives* como prácticas emocionales que alcanzan *estados emocionales*. Las emociones entendidas como prácticas permiten su incorporación al análisis corporal y su condicionamiento al contexto social, cultural e histórico. Peter Burke cuestionó la posibilidad de una historia cultural de las emociones (Gouk y Hills, 2005). A pesar de mencionar antecedentes que van desde Nietzsche, Huizinga, Febvre, Elias, la escuela de *Annales* (Braudel, Ariès, Chartier), e historiadores americanos de la corriente llamada *emocionología*, como Peter y Carol Stearns, el principal argumento se conduce críticamente hacia una contravención de los intereses racionales (Rosenwein, 2002); a la «invisibilidad» de los sentimientos subjetivos (Bourke, 2003), a las emociones como parte de la naturaleza humana siendo ahistóricas (Gouk y Hills, 2005), o a los precipitados procesos de cuantificación de emociones (Alberti, 2006). A pesar de ello, Benno Gammerl (2012), a partir de la teoría de Bourdieu, definió a las emociones como oscilantes entre «patrones discursivos y prácticas encarnadas, entre repertorios comunes y apropiaciones específicas», proponiendo que los estilos emocionales incluyen la experiencia individual en coexistencia con otros modos de gestionar las emociones.

A pesar de las disidencias en torno al término *emociones*, establecido muchas veces desde la sinonimia asociada a los sentimientos o las pasiones, el concepto organiza manifestaciones historiables como miedo, ira, odio o amor (Biess y Gross, 2014). Definir la emoción como objeto de estudio, revelar su vínculo elemental de dependencia con el lenguaje (Matt, 2014), la expresión y la experiencia es uno de los principales desafíos teóricos que quedan por resolver.

El significado lingüístico de las emociones precipita a construir un sistema de tratamiento de fuentes, profundizando en los usos históricos del vocabulario dentro de un cuerpo social determinado. Rob Boddice (2016) advirtió sobre los anacronismos y simplificaciones a los que puede llevar definir sin precisar el sentido y significado de palabras que definen emociones. Revelar el contexto semántico de las emociones implica definir con precisión un vocablo como designio de experiencias afectivas socioculturales diferentes, mutables y extinguibles.

Los aportes iberoamericanos a la historia de las emociones se centran en reconocer en la experiencia de los protagonistas el núcleo de estudio del campo. Javier Moscoso (2015), siguiendo a Stearns y Reddy, propuso estudiar la relación entre emociones y sentimientos junto al cambio social. Zaragoza y su grupo de Madrid definieron su enfoque como *historia de la experiencia*, lo que permite abordar estilos y regímenes emocionales al mismo tiempo que entender cómo las relaciones de poder exceden la moral y la ideología. Las emociones en los escenarios de guerra en el Río de la Plata no han sido tratadas específicamente desde la historia de las emociones, sin embargo, es destacable el aporte que en este sentido han permitido alcanzar algunos estudios relacionados a la historia social de la guerra en su afán por desdoblarse de la clásica escritura histórica asociada a la historia-batalla. Los aportes de la historiografía militar anglosajona han permitido posicionar la guerra bajo la perspectiva de análisis categorizada desde la antropología y la psicología social, resignificando la investigación histórica sobre la guerra desde el estudio de las conductas psicológicas de los protagonistas dentro del escenario bélico.

Buena parte de la historiografía social del siglo XX que abordó la guerra presentó el escenario como *conflicto social*, demostrando interés auxiliar en la comprensión sobre la conformación de los ejércitos. Observando su integración con el objetivo de comprender dimensiones referidas al peso fiscal en el erario público o al desempeño político de oficiales tras los episodios castrenses, despreciando los sucesos específicos que tenían lugar en los campos de batalla.

Al respecto, Alejandro Rabinovich en *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui o la derrota de la revolución (2017)* fundamentó su objeto de análisis centrado en los escenarios de guerra, entendiendo que estos son fundamentales para complementar el producto académico dentro de la historiografía moderna. En un trabajo que nuclea percepciones asociadas a la sensibilidad de la tropa en vísperas del combate armado, Rabinovich desarrolla las acciones que precipitan la derrota, tomando el Pánico como explicación protagónica. Desde la antropología social, el pánico se define como la desintegración de la masa, demostrando que el funcionamiento interno de los ejércitos responde a la percepción de sus integrantes en función de sus espacios de experiencia.

La historia social de la guerra es marco para comprender las experiencias de los sujetos históricos subalternos y sus relaciones personales en torno a las dinámicas del proceso de reclutamiento, movilización y economía bélica. Es posible afirmar que en muchas ocasiones la vida social se subordinó a la batalla, estrechando relaciones de elación entre los modos vinculares intersubjetivos y los de combatir. Sandra Gayol aporta este sentido tratando específicamente las dinámicas sociales y políticas generadas en torno a la dimensión cultural del *honor como práctica* en la Argentina moderna.

A esta impronta historiográfica se le suman las contribuciones de la nueva historia militar anglosajona. Keegan (1995) propone dejar de prestar atención a la estrategia militar para atender las prácticas concretas de los combatientes. Dándole una relevancia significativa a los procesos conductuales y operaciones psíquicas que tenían lugar dentro de los campos de batalla. Priorizando el registro y testimonio de la vida privada signada por la batalla en diversas dinámicas sociales. Por lo tanto, la nueva historia batalla y la antropología histórica del combate han logrado imponer su mirada sobre viejos espacios historiográficos, ahondando en una concepción ceñida por la complejidad analítica de las sensibilidades de sus protagonistas. Desde un enfoque guiado por la sociología de guerra o «polemología» aspectos como la generación de valores sociales cobran un significado neológico en el proceso de producción historiográfica sobre la guerra. *La sociabilidad* (Agulhon, 1977) del ejército permite ver las formas a partir de las cuales un grupo de individuos entra efectivamente en relación, considerando la dimensión afectiva como componente del vínculo.

En este sentido cabe afirmar, teniendo en cuenta la gran cantidad de episodios bélicos que acucian al espacio territorial rioplatense durante el siglo XIX, desde las invasiones inglesas hasta el tramo finisecular de afirmación del poder estatal, la importancia de estudiar el fenómeno de la guerra como escenario complejo reñido entre impulsos y pugnas provenientes de las tradiciones sociales y las pulsiones psicológicas de los protagonistas, configuradas desde el escenario social. Contrariamente a los postulados de la historiografía tradicional, en donde la batalla era un escenario auxiliar para el entendimiento de las sociedades históricas (González Bernardo, 2007: 5), la utilización de la categoría de análisis «militarización de la sociedad» abre posibilidades semánticas a los estudios históricos, asociando aspectos relacionados con la política, la institucionalidad, la economía, la organización familiar o la movilización masiva de sectores excluidos de los privilegios de tradición (Fraser, 2006). Las dinámicas históricas establecidas desde la guerra alcanzaron a esgrimir el rol que los grupos subalternos fueron construyendo desde el ejército hasta alcanzar su papel como ciudadanos en las nuevas repúblicas americanas, visibilizando en los campos de batalla las conductas de sujetos hasta el momento desplazados de la indagación histórica desde sus experiencias vitales como soldados y prácticas de socialización (Míguez, 2003: 23). En contrapartida, estos nuevos horizontes historiográficos permiten visualizar las relaciones que existieron entre los hombres reclutados para integrar los cuerpos de oficiales y el rol que jugaron los ejércitos en la arena política pesquisando dimensiones cercanas a las experiencias del combate.

Desde esta perspectiva de análisis, abordar la violencia militar y política implica acordar un lugar de relevancia a la cuestión de las emociones, considerando la perspectiva de los actores desde su construcción emotiva en la nominación del conflicto y

sus adversarios al usar, por ejemplo, descalificaciones como «enemigo del orden» o atribuirles una motivación egoísta. El principal aporte teórico que se ha producido al respecto es la obra coordinada y editada por Ariadna Islas y Laura Reali, *Guerras civiles: Un enfoque para entender la política en Iberoamérica (1830-1935)*.

El estudio de los usos políticos que se le han dado a las emociones durante el pasado permite comprender la utilización de esta práctica desarrollada en el presente. El campo disciplinar asociado a la historia de las emociones ofrece oportunidades para el estudio de procesos sociales, culturales y políticos que no han sido abordados desde la fenomenología de lo sensible, excluyendo factores determinantes en la construcción de la experiencia humana. Indagar específicamente en las emociones y experiencias de los sujetos que protagonizaron episodios bélicos en el pasado rioplatense es el resultado del interés por problematizar y comprender las conductas, sensibilidades y discursos que aún permanecen relegadas del saber académico. Comprender el *ethos guerrero* de las sociedades enarbolaba un dispositivo de análisis que permite operar intelectualmente haciendo converger variables que esgrimen las formas y dinámicas vinculares del pasado.

Se propone, de este modo, interpretar desde una mirada alternativa, como es la historia de las emociones, los avatares políticos del siglo XIX desde la construcción retórica de una sensibilidad solamente experimentable en tiempos de guerra. Las estructuras emocionales se conforman desde dinámicas vitales que otorgan licencias y zozobras al momento de tomar decisiones, la pulsión tanática legitima un determinado orden y funcionamiento social, y establece una cosmovisión política que integra la experiencia de los individuos rigiendo sus horizontes de expectativa.

El relevamiento de la bibliografía que trata sobre los sucesos contenidos dentro de las cotas temporales 1870-1872 en el territorio uruguayo y refiere al episodio bélico evidencia una relativamente escasa producción. La Revolución de las Lanzas o la Guerra de 1870 —como también se ha denominado— fue un evento de efectos perdurables en la institucionalidad política del Estado uruguayo, estableciendo un funcionamiento político de carácter consuetudinario basado en la coparticipación de fuerzas partidarias opuestas y enemigas en los órganos de Gobierno. Los consensos hermenéuticos existentes en la literatura producida para el estudio del periodo se han generado predominantemente sobre referencias preconcebidas en lineamientos políticos e ideológicos generados desde la evocación partidaria, entendiéndose, de este modo, que debe avanzarse sobre una nueva dimensión metodológica para relevar nuevos repositorios documentales y establecer enfoques problemáticos para el análisis de las fuentes.

Efectuar un balance de la historiografía versada sobre el conflicto armado supone llevar a cabo una categorización que permita estructurar conjuntos semánticos y taxonómicos sobre el tema. Estableciendo criterios que definan los tipos de escritura, orientación teórica y metodológica que han sido enarboladas al respecto. La evolución del tratamiento del tema desde tiempos inmediatamente posteriores al conflicto hasta la actualidad permite entrever tres grandes grupos textuales que refieren a abordajes disímiles. Desde fines del siglo XIX se registraron memorias y testimonios de la guerra por protagonistas directos al conflicto, estableciéndose una mirada de cronista que busca ser analítica sin perder el sesgo provocado por la inclinación partidaria subjetiva. Estos relatos que se definen dentro de una vorágine patriótica representan las más inmediatas pulsiones generadas por la experiencia en los campos de batalla, con fuerte contenido autorreferencial, y suponen ser valiosas fuentes históricas (Aroztegui, Margat, Pérez Gomar, Ribeiro, Rossi, Lussich, Acevedo Díaz, Carlos María Ramírez). Un segundo grupo responde a la creación de discursos retóricos que establecen el hecho como un episodio más de la gesta nacionalista, es decir, como un suceso desgraciado que permitió en su contingencia el establecimiento de las bases democráticas del país. Esta dimensión responde a la mayoría de los textos historiográficos producidos sobre el tema. Destacando las características del episodio desde una serie de relatos configurados desde la historia-batalla o la escritura biográfica de los principales caudillos y líderes políticos que protagonizaron la contienda. Identificándose cargas de ensalzamiento apoteósico que

constituyen una narrativa descriptiva de hombres ilustres (Acevedo, Castellanos, Deus, Pivel Devoto, Scheina). En tercer término, desde finales del siglo XX y hasta la segunda década del siglo XXI nuevos abordajes han tratado la guerra de 1870, sobresaliendo los enfoques surgidos desde la novela histórica, el análisis jurisprudencial desde una óptica del derecho, la historia de la prensa y la arqueología militar de escenarios en donde tuvieron lugar querellas bélicas. Por otra parte, resulta de destacada valoración para esta investigación el aporte alcanzado por las interpretaciones surgidas a partir de los estudios de Barrán enfocados en la historia de la sensibilidad hacia la década de 1990.

Sobre los episodios de violencia política y dinámicas intersubjetivas del periodo, la obra de Barrán sitúa dentro del escenario histórico una mirada más próxima a la categoría analítica de las emociones desde el estudio de las sensibilidades. La más destacada de las obras *Historia de la sensibilidad en el Uruguay* integra los volúmenes «La Cultura “Bárbara”» y «El disciplinamiento». Sobre el primero Barrán logró a través del análisis de la violencia, el juego, la sexualidad y la muerte exponer las maneras de sentir en un Uruguay que Sarmiento habría calificado de «bárbaro». La base estructural proporcionada por Barrán en la *Historia rural del Uruguay moderno (1967-1978)* resulta complementaria con la *Historia de la sensibilidad*, en donde no trata causas y efectos sino nexos, relaciones y afinidades que describirán las conductas de los colectivos sociales y rurales de fines del siglo XIX. El concepto *sensibilidades* representa la intención de marcar distancia de la historiografía francesa, y aunque no se profundizó en la discusión teórica, esta categoría fue incorporada en la interpretación histórica, resultando ser el más valioso antecedente (Cosse, 2013).

Tiempos convulsos: la Revolución de las Lanzas (1870-1872)

El conflicto armado que lleva la denominación de Revolución de 1870 o Revolución de las Lanzas, según la tradición historiográfica, fue el desenlace trémulo de una serie sucesiva de episodios de violencia política acumulados durante décadas en un contexto de hostilidad interpartidaria dentro de los límites políticos de la República Oriental del Uruguay, con extensión espacial a toda la región platense. Hacia principios de 1870, un movimiento de expatriados vinculados en su adhesión política con el Partido Blanco encauzaron la lucha armada como una vía de tránsito que permitiera contestar al estado de violencia política que había aparejado extradiciones, confiscaciones de propiedades, asesinatos, humillaciones y desplazamientos de los centros institucionales del Estado gobernado por el Partido Colorado. Los campos de batalla sirvieron para replicar argumentos fundados en el interés de partido que suponían la legitimidad de un levantamiento armado, por un lado, y la defensa de las instituciones constituidas en el plano legal por el otro. Los bandos se referenciaron en sus estandartes partidarios conducidos por líderes que recuperaban el entusiasmo por la búsqueda del honor, las buenas costumbres y un sentimiento similar al de legitimar el acceso al poder de la administración pública por la vía impuesta. Este último punto comprende el uso predominante y por vez última de la lanza tacuara como armamento fundamental para librar batallas, y la culminación del conflicto con el primer acuerdo de coparticipación política de ambos partidos tradicionales.

Cinco años antes a que las tropas dirigidas por Timoteo Aparicio cruzaran el río Uruguay y desembarcaran invadiendo el territorio con la proclama de recuperar los derechos civiles que reconocían como arrebatados, la persecución y la muerte eran moneda común en tiempos de la dictadura de Venancio Flores (1865-1868). La exclusión de los denominados despectivamente como «blanquillos» del poder había desenlazado en el episodio conocido como el Día de los Cuchillos Largos, cuando el 19 de enero de 1868 los líderes partidarios, Bernardo Prudencio Berro de filiación blanca y Venancio Flores de identificación colorada, fueron asesinados en episodios contiguos que atrajeron una escalada de violencia política extrema. Estos eventos dejaron como saldo la expulsión mediante la fuerza de 25000 partidarios blancos que, tras sufrir expropiaciones de sus propiedades, emigraron principalmente al litoral argentino.

Al asumir el general Lorenzo Batlle la séptima presidencia constitucional en marzo de 1868, las escisiones dentro del Partido Colorado se buscaron saldar por medio de la asimilación de las distintas fuerzas caudillescas desintegradas tras la muerte de Flores. La figura presidencial buscó aunar bajo su mando a jefes políticos, comandantes militares y caudillos locales con fuerte vinculación a órganos de prensa que se identificaban con la divisa de partido. Figuras como Gregorio Suárez, Máximo Pérez, Francisco Caraballo, Nicasio Borges acompañaron el mandato presidencial con relativa obediencia, pero factorizando la misión común de perseguir a la facción blanca. A pesar del intento de Batlle por aunar a todas las facciones coloradas, el poder presidencial tenía plena vigencia en Montevideo, pero escasa influencia en la campaña, donde seguía estando en manos de caudillos locales. Esta inestabilidad en el centro de poder estatal volvía posible en el horizonte de expectativa de los exiliados una revolución que permitiera deponer la exclusividad colorada en el poder.

En Argentina, los exiliados veían empeorar su situación al asumir en 1868 la presidencia de la República el Dr. Domingo Faustino Sarmiento, quien, con el fin de evitar problemas diplomáticos con el Uruguay y en vista de que las redes exiliadas amenazaban con la posibilidad de apoyar movimientos levantiscos en las provincias de Corrientes y Entre Ríos apoyando al Gral. Juan José de Urquiza que se había vuelto receptivo a la demanda blanca, aumentó su política represiva. Hacia 1869 en Buenos Aires, se estableció un Comité de Guerra presidido por Eustaquio Tomé e integrado por Agustín de Vedia, Francisco García Cortinas, Darío Brito del Pino y Martín Aguirre con el objetivo de recaudar recursos, a pesar de que no tuvo mayor éxito debido a que el crac bursátil de Londres afectaba económicamente a los miembros pudientes de la causa, quienes negaron su contribución.

Frente a la imposibilidad de retornar al país por la vía diplomática y tras el hostigamiento padecido, parte del cuerpo de exiliados se unió bajo el mando de dos líderes militares de reconocida trayectoria en campos de batalla, el coronel Timoteo Aparicio y Anacleto Medina. Aparicio, apoyado por el elemento intelectual y urbano del Partido Blanco, portaba el epíteto de veterano militar con vasta experiencia en batalla; había integrado las filas del ejército de Oribe que enfrentó la sublevación de Rivera en 1836 y participado en los combates a Flores tras la Cruzada Libertadora de 1863. Bajo el mando de Medina se aglutinaron antiguos líderes y jóvenes tradicionalistas originarios del medio rural, que sintieron identificación en una figura beligerante con amplia experiencia en el combate y un pasado asociado a la divisa colorada. Medina había luchado en las guerras de independencia junto a Artigas al mando de Ramírez, participó en las luchas por la independencia chilena y hacia 1858 entró en combate cuando se volcó hacia la facción blanca por oponerse al levantamiento del general César Díaz que decantaría en la Hecatombe de Quinteros.

El 4 de marzo de 1870 la conjura blanca firmó en la ciudad de Concordia, Argentina, el Acta de Compromiso de la revolución armada, reconociendo a Timoteo Aparicio y a Inocencio Benitez como jefe y segundo comandante del Ejército de la Reacción, respectivamente. A partir de allí pasó un día para que cuarenta hombres levantados en armas cruzaran el río Uruguay, al sur de la desembocadura del río Arapey, motivados por la arenga en donde Aparicio estableció los objetivos del movimiento y justificó la reacción diciendo:

Compatriotas: Después de cinco años de persecuciones, de ostracismo, de martirios, tomamos las armas respondiendo a vuestros votos inspirados por el sufrimiento de la patria. Lícito es el olvido de los intereses y de los agravios personales, mas no el de los supremos intereses del suelo en el que vimos la luz. Explotaciones, asesinatos, la privación total de todos los derechos, tales son los dones que se han prodigado a todos los hombres de corazón, a todos los buenos patriotas desde el infausto día que la traición pusiera a la República el yugo de su horrenda dominación [...] El Dios de las batallas ha de acompañar a los que combaten por la buena causa, y el espontáneo concurso de todos los patriotas engrosará nuestras filas hasta hacerlas invencibles por el número cuanto lo son ya por

entusiasmo y por justicia (Independencia y Libertad, Timoteo Aparicio, marzo de 1870; en Castellanos, 1977)

Este discurso provocó el ímpetu de cuarenta y cuatro hombres armados precariamente con cinco fusiles, pocas pistolas y algunas lanzas que marcharon por el centro del Uruguay. Medina se sumó el 10 de agosto de 1870, debido a que estaba participando en la rebelión de Ricardo López Jordán, desembarcando en la playa de la Agraciada y reclutando cuatrocientos hombres en Mercedes y ochocientos más en San José. El manifiesto que motivó esta adhesión compartía las características del discurso de Aparicio, aunque profundizó en el espíritu nacional del levantamiento, desestimando la fragmentación por motivo de adhesión política. Al aumento de fuerzas en filas de Aparicio se le incorporó la tropa de Medina y la de otros jefes blancos como la del general Lesmes Bastarrica y el coronel Federico Aberasturi; Belisario Estorba se incorporó en julio al frente de unos pocos guerrilleros, desde Cerro Largo; Ángel y Justino Muniz también se sumaron al engrosamiento de filas; de San José se incorporaron José María Pampillón y Juan Blas. Posteriormente llegaron José Visillac y Juan P. Salvañach con cincuenta carabinas *Rémington* y cuatro piezas de artillería.

Encuentros fortuitos y maniobras evasivas anticiparon los hechos de armas más sobresalientes que se precipitaron hacia agosto de 1870 cuando las fuerzas del levantamiento tomaron la ciudad de Mercedes, seguida por el sitio de Montevideo liderado por Timoteo Aparicio hacia el 6 de setiembre. Sumándose a esta operación seis días después mil cuatrocientos hombres al mando de Anacleto Medina. Al fortalecimiento del sitio con un cúmulo ascendente a los cuatro mil soldados de tropa, se sumó la victoria ante las fuerzas gubernamentales de Gregorio Suárez en la batalla de Paso Severino, el mismo día de la avanzada sobre la capital.

Unos días más tarde, el 29 de setiembre, se enfrentaron las fuerzas comandadas por Francisco Caraballo en representación del gobierno colorado contra el ejército revolucionario blanco en el paraje de Corralito, en el departamento de Soriano. Tras la victoria blanca surgió un intento de armisticio por parte de Aparicio y otros jefes que no prosperó en efecto. Estas victorias militares debilitaron la posición del Gobierno y permitieron la incorporación de nuevos voluntarios que engrosaron las filas de los sublevados.

Tras el fracasado intento por parte del presidente Batlle de alejar las tropas revolucionarias de la capital, el 26 de octubre cinco mil hombres rodearon y sitiaron Montevideo por segunda vez, tomando incluso, en un hecho sin precedentes, la fortaleza del Cerro tres días más tarde. Frente a este episodio que afectaba la estrategia militar al mismo tiempo que el honor histórico que salvaguardaba el bastión en su condición de inexpugnable, el presidente salió al frente de tres mil hombres armados trasladando el combate hasta el paraje de la Unión, desatando allí una contraofensiva con abundante daño material y humano, pero sin un bando victorioso. Esta movilización seguramente fue la última gran maniobra que tuvo a más de ocho mil jinetes armados en su mayoría con lanzas (Lockhart, 1968). Sobre este último episodio detendremos nuestra atención.

Pesquisas de una traición en la fortaleza inexpugnable: casus belli para la emoción

La guerra no es la continuidad de la política por otros medios, señaló Keegan (2014) al referirse al famoso aforismo de Clausewitz. Sin embargo, podríamos suponer que la guerra sí puede resultar ser un factor decisivo en la construcción de identidades políticas emergidas de sensibilidades colectivas. La emocionalidad como elemento configurador de los escenarios históricos no ha sido utilizada convencionalmente para estudiar la guerra como un factor determinante del orden político y social de las comunidades humanas, siendo que los escenarios bélicos facilitan la predominancia de la condición

patológica, afectiva o la perturbación como descripción emotiva, cargando a cualquier tipo de estructura social con afectaciones en este sentido. La guerra determinó las culturas humanas, quedando evidencias de esto en los repositorios antropológicos subyacentes al conjunto de entramados y expresiones sociales. La belicosidad, por ende, resulta ser un elemento constitutivo de la cultura y la organización política de los pueblos. El Río de la Plata como región no fue extraña a los efectos de las conductas belicistas. Al contrario, la guerra funcionó como un factor determinante en la construcción de identidades sociales e institucionales para las repúblicas nacientes del siglo XIX.

De esta manera, el presente trabajo explorará la temática de los campos de batalla como escenarios formativos de posiciones políticas a través de la emocionalidad. Particularmente refiriendo a la construcción del sentido asociado a la idea romántica de la *traición a la patria* expresada por los periódicos oficiales tras la caída de la fortaleza del Cerro en noviembre de 1870. Si bien este escrito no busca ser un texto concluyente, pretende comenzar a arrojar luz sobre un escenario histórico específico abriendo la posibilidad de concretar el abordaje teórico y metodológico descrito anteriormente.

Con el caso estudiado se busca demostrar cómo la operativa política del discurso se configuró desde el escenario bélico haciendo uso de la apelación emocional. La justificación de la pérdida de una posición militar de privilegio por parte del Gobierno fue construida mediante el uso político de la perfidia: una traición originada en los intramuros. La carga afectiva que cobrará esta emoción permitirá, por medio de la prensa escrita, sostener el ánimo de la población en armas ante el revés militar, salvaguardando al resto de la tropa en guarnición sin dejar en evidencia la errática planificación de la defensa de la ciudad. Se pretende, en síntesis, evidenciar lo oportuno que resulta para la producción historiográfica construir nuevas miradas sobre el impacto de la guerra en la configuración social republicana tras la ruptura del orden colonial. Indagando en las implicancias que tuvo el fenómeno bélico como configurador de discursos políticos que utilizaron la emocionalidad para delinear las interpretaciones sobre la realidad histórica por parte de los sujetos de experiencias, creando visiones explicativas y horizontes de expectativas en los protagonistas.

La toma de la fortaleza del Cerro por parte de las fuerzas sublevadas al Gobierno central el 28 de noviembre de 1870 se destacó entre los episodios que se desarrollaron mientras se efectuaba el sitio de la ciudad de Montevideo. Debido a su amplia repercusión en materia propagandística, esta acción militar incidió en una precipitada sucesión de eventos que posiblemente hayan acelerado los procesos de pacificación entre los beligerantes, construyendo un sistema de identidades que tuvo efectos aún por revelarse dentro de los flujos que imperan en las dinámicas que reorganizaron la sociedad de la época.

Dentro de los cincuenta días que duró el sitio, la toma de la fortaleza del Cerro puso en jaque una serie de consideraciones sobre la fidelidad al Gobierno por parte de la tropa oficial, así como nuevas consideraciones sobre el poderío militar y moral de los sublevados. Hacia noviembre de 1870, las filas de los blancos rebeldes se estiman por varias fuentes en unos diez mil hombres en armas, sin embargo, la operación militar en cuestión fue llevada a cabo por apenas un puñado de hombres que funcionaron de avanzada en la vanguardia de una operación nocturna.

La descripción del suceso en el relato histórico tradicional de Aroztegui (1889), Lockhart (1970), Castellanos (1977) y Maiztegui (1994) ha puesto énfasis en las fuerzas de asalto que realizaron la operación comandada por los coroneles Salvañach, Layera y Mendoza. Dando crédito a las acciones de los comandantes Vélez y Carrera, este último jefe del Batallón de Voluntarios Catalanes con una fuerza aproximada de doscientos hombres de caballería y cien infantes. Si bien la participación de los cuerpos enunciados desde la operativa y logística militar resultó clave en el desarrollo del combate y su desenlace, la toma de la fortaleza cobró para la prensa de la época una visión distinta, centrada principalmente en una idea: la traición.

La categoría emocional construida corresponde al dinamismo con que son visualizadas en los registros documentales estas experiencias emocionales, por lo que es necesario establecer su manifestación en torno a un grupo de *emotives* más extenso, es decir, la ofensa de la dignidad como motor incipiente de una pasión violenta puede encontrarse asociada a emociones políticas que referencian a la idea de traición.

Veinte años después del episodio, Abdon Aroztegui —protagonista de la contienda en filas revolucionarias— escribiría *La Revolución Oriental de 1870*, obra destinada a repasar diacrónicamente los sucesos de aquellos años. Con la perspectiva del tiempo, su memoria le revelaba el transcurrir de los acontecimientos de la campaña. A pesar de lo parcial o intencional del relato, algunas de las experiencias narradas resultan ser promisorias de contraste frente a las descripciones emanadas desde las fuentes oficiales del Gobierno.

Tras valorar como «un gran error este sitio dejando en campaña á los Generales Suarez y Caraballo con los restos de los ejércitos que salvaron en las batallas descritas» —refiriendo a Paso Severino y Corralito— (1886: 152), Aroztegui se plantea una serie de preguntas que podrían haber funcionado como motor de la avanzada estratégica sobre la fortaleza. «[...] ¿Se cumplió algo de lo que le prometieron? [se refiere a Aparicio] ¿Existían las legiones con que aseguraban algunos contar dentro de la misma plaza? ¿Existían las conspiraciones que se decían hechas entre las fuerzas enemigas? Nosotros hasta ahora lo dudamos, y si existieron fué tan problemática, tan invisible su existencia, que jamás llegó á traducirse en un solo hecho real» (Aroztegui: 163).

Estas apreciaciones nos revelan dos cuestiones fundamentales. La primera consiste en suponer que efectivamente la noción de traición dentro de las filas gubernamentales era probable, o al menos la sensación de una posible traición acompañaba el horizonte de expectativa de aquellos hombres. La segunda, y categórica, revela que la efectividad estratégica de la traición desde el punto de vista militar se vuelve inicua, evidenciando que la acción de los posibles traidores no se llevó adelante o no tuvo consecuencias, o en su defecto aquellos traidores jamás existieron.

En otro relato de época, Pedro Margat en su diario omite cualquier referencia a una operación que no tuviera por virtud la propia estrategia militar, «[...] Durante la noche del 28 al 29 de noviembre de 1870, los blancos toman posesión de la fortaleza del Cerro, que siempre había pertenecido al partido dominante de la ciudad. Ese mismo día ellos se apoderan de todas las municiones y de algunos cañones que allí había para servirse de ellos cuando lo necesitaran» (1871: 196).

Entre los días 4 y 7 de noviembre, a unas semanas de la toma de la fortaleza, las guerrillas se pueden notar en toda la línea con algunos muertos y heridos producto de los combates. En la fortaleza del Cerro una partida de la revolución penetró la villa y logró robar algunos caballos, retirándose hasta el arroyo Pantanoso. Producto de este incidente, el jefe de la fortaleza envió al Gobierno el siguiente parte:

Fortaleza del Cerro, //» Exemo, señor Ministro de Guerra y Marina, coronel D, Trifon Ordoñez, /» Señor Ministro: Participo á V. E. que el ejército enemigo permanece siem- / pre en sus mismas posiciones, teniendo en observación de esta fortaleza, una fuerza como de 100 hombres, la cual se halla situada en la quinta de Sartori, y con lo que domina el camino y puente del Pantanoso. //» Ayer temprano, nuestras partidas descubridoras guerrillaron al enemigo obligándole á emprender su fuga precipitada y á repasar el arroyo Pantanoso/ á gran galope. //» Mas tarde intentaron de nuevo vadear el puente de dicho arroyo, pero una vez más fueron contenidos por algunos certeros disparos de cañón, y de una fuerte guerrilla de infantería que hice desplegar acto continuo. //» El espíritu que anima á la guarnición de la fortaleza es excelente, permi/ tiéndome recomendar á la consideración de V. E. el valor y la actividad que han empleado para llenar las exigencias del servicio, los Capitanes Montiel

y Corpi. //» Dios guarde á V. E. muchos años. // José Mendoza, // «Cerro, Nbre. 5 de 1870.

Los episodios ocurridos en vísperas de la toma de la fortaleza alejan la impresión de hallar traidores dentro de las filas militares de la guarnición. A pesar de la penetración de la avanzada revolucionaria y de un primer accionar militar devenido más en represalia que en maniobra táctica repelente, la exaltación del buen ánimo de la tropa queda registrada. Incluso, partes de los días siguientes confirman que el ímpetu de esas victorias aumentó el compromiso con la defensa.

Cerro, Noviembre 11 de 1870. // «Eximo, Sr, Ministro de Guerra y Marina Coronel D, Trifon Ordoñez, // «Sr. Ministro: //«Pongo en conocimiento de V. E. que el enemigo después de la corrida vergonzosa de ayer, no ha vuelto á aparecer por los alrededores de esta for/ taleza. // «Ayer al anochecer tuvo lugar un pequeño hecho de armas que ha de haber influido mucho en el ánimo de los vecinos simpáticos á la causa de los blancos y que los hay en abundancia por este distrito. // «La guardia que tenia el enemigo en la chacra de Sartori, fué sorpren/ dida y enteramente deshecha en las primeras horas de la noche, por una par/ tida de caballeria bajo las órdenes del bravo capitán Montiel, y de cuya sorpresa resultaron algunos muertos, bastante número de heridos y una dispersión total. // «Dios guarde á V. E. muchos años, José Mendoza. (Arotzeguy:164)

Estas últimas observaciones de Mendoza refieren antitéticamente a la posición de vecinos afines a la revolución en claro contraste frente a la tropa que resguardaba la fortaleza, realizando la condición anímica favorable que sin lugar a dudas disipa la intención de cambiar de bando (Rabinovich, 2017). Estas implicancias desestimarían, en principio, la intención de llevar adelante una traición. Acción que tendría por correlato la falta de decoro, así como también sanciones físicas y penales como quedó establecido por decreto de Gobierno tras llevarse adelante una serie de encuentros cordiales entre altos mandos de ambos bandos contendientes.

En el acto de recibir V. E. la presente nota hará saber á todos los cuerpos del ejército, que S. E. el señor presidente de la República, ha mirado con el mas profundo desagrado la conversación habida hoy en las avanzadas, entre algunos jefes y oficiales del Ejército de la capital y los invasores, capitaneados por Aparicio y Medina. //» En consecuencia deberá V. E. proceder á dar en la orden General la disposición siguiente. //» 1º Todo jefe ú oficial del ejercito que converse con el enemigo, ó se encuentre en correspondencia escrita, será inmediatamente destituido de su empleo y espulsado fuera del país. //» 2º Los individuos de tropa, serán castigados con toda la severidad que el caso requiera. //» Dios guarde á V. E. m. a. //Trifon Ordoñez, //» Al Sr, Brigadier General Jefe Superior de la Linea de la Capital don Enrique Castro (ABN. Min. de Guerra y Marina: Mdeo, Nbre. 12 de 1870).

Cuantiosos indicios que van desde el ánimo de la tropa y la eficiente ejecución de maniobras defensivas, hasta las promisorias sanciones establecidas por el Ejecutivo en caso de cualquier intención de traicionar las filas gubernistas, hacen que el contexto para ejecutar un plan de traición efectivo se vuelva riesgoso e improcedente. Estos elementos permiten sospechar de la puesta en marcha de una traición por parte de las fuerzas sitiadas. De manera que elementos coercitivos, demostraciones de afección a la causa de la defensa y eficiencia en el cumplimiento de las órdenes oficiales con distinguidos resultados en las operaciones militares vuelven casi improbable la maniobra escurridiza de un traidor en aquella noche del sitio. Sin embargo, los diarios del Gobierno insisten en la existencia de un sujeto anónimo e innombrable que permitió la caída del fuerte. La derrota para el Gobierno únicamente fue viable debido a la ejecución de maniobras por parte de un traidor.

El diario *El Ferrocarril*, de vocación oficialista, recoge las impresiones del suceso a la mañana siguiente y afirma la existencia de un traidor en los intramuros en su boletín del día. Utiliza un mecanismo de exposición del relato a modo de preámbulo en donde contrasta las opiniones de dos boletines locales, suponiendo en la pluralidad una mayor clarividencia de los hechos. En tanto, no desestima posicionarse a priori del lado que

explica la caída del Cerro como fruto de una traición.

Decíamos ayer, ¿es una sorpresa ó es una/ traición? // Hoy repetimos lo mismo en vista, de las dos/ versiones que reproducimos al pié// La una pertenece a nuestro colega «La Tri-/buna» y confesamos que su opinión es la nues-/tra.// La otra es del colega marítimo; y refiere las / cosas de otro modo. // (EL FERROCARRIL. Miércoles 30/11/1870, Montevideo, año II, n. 528, ABNU).

El espacio de interlocución generado por el diario pone de manifiesto dos miradas que se contradicen en lo referido a la explicación última sobre los sucesos militares acontecidos. De un lado aparece la opinión de *La Tribuna*, mirada a la que suscribe *El Ferrocarril* en contraparte a la visión disidente pronunciada desde *El Marítimo*.

Habla *La Tribuna* // «EL CERRO – Anoche, á la una de la maña-/na, la fortaleza del Cerro ha sido tomada por/los enemigos que ocupan hoy esa posición// Algunos inocentes andan atribuyendo ese/ contraste á una sorpresa; nosotros seremos/ más francos y diremos que la toma del Cerro/ es debido a la traición. (30/11/1870: 2)

En este punto la descalificación de la opinión contraria mediante el epíteto de «inocencia» estableció como premisa la candidez frente a la impresión de los sucesos. La perspectiva disidente que no explica la derrota por medio de la traición será puesta en entredicho desde la conformación de una posición ominosa, es decir, se es franco o se es inocente e ingenuo. Incluso podría deducirse cierto halo de insinuación que ponderaría la explicación ilusa como próxima a la intención de resguardar traidores.

El argumento que se expone a continuación sostiene y fundamenta las prerrogativas ya esbozadas. El uso de la fundamentación histórica que esgrime máximas espaciales y locativas fundamentadas en la aplicación de la estrategia militar conlleva automáticamente a la analogía como medio de referencia para sostener la interpretación causal, así se concluye que:

El Cerro no puede ser tomado á la fuerza, / pues su posición lo defiende contra todo ata/que sin necesidad de grandes fuerzas; en el / tiempo de la guerra grande de 9 años, jamás/ los blancos que disponían de fuerzas aguerrí/ das y de buena artillería, pudieron tomarlo. // No puede ser sorprendido tampoco, porque / su posición hace la vigilancia muy fá/ cil á cualquier hora, en cualquier circunstan/ cia. // El Cerro ha sido, pues entregado/ vendido/ por algún traidor. [...] // Como la República Francesa de hoy, tene-/mos nuestro Bazaine, es decir, algún gefe sin/ honor, sin carácter que vendió al enemigo una, / posición inexpugnable, entregándole á la vez un / material de consideración y unos pobres solda-/dos que vendió como si fueran corderos// ¡Vergüenza eterna para el traidor! (Ibídem: 3)

Con fundamentos que cobran certeza desde lo discursivo, la continuidad del relato comienza a mostrar cierta inclinación que permite entrever una intencionalidad soslayada. De cierta forma contradiciendo los elogios previos que se depositaron sobre el Cerro como bastión defensivo, el relato tomará un giro que desestimaré la importancia de la operación de los revolucionarios, intentando dejar en evidencia la escasa relevancia del logro militar alcanzado por las fuerzas blancas. En síntesis, a pesar de la traición cometida y de la pérdida de la posición reconocidas, el asalto se muestra como un evento de escasa importancia militar. Simplemente se le atribuye un fin ruin a la operación, un espíritu antipatriótico con nefastas consecuencias en el plano económico. La acción que en principio dejaría inerte a la defensa cobra un sentido minusválido desde el punto de vista operacional y táctico.

Por otra parte, el Cerro no tiene casi impor/ tancia hoy para la defensa, porque las circuns-/ tancias políticas no son las mismas que en el / antiguo sitio y militarmente ningún daño pue-/ de hacernos el enemigo con los disparos de esa / fortaleza. // El mayor daño lo sufrirá el comercio, pues/ la falta de esa comunicación nos privará de las/ señales

marítimas tan importantes para el movimiento del puerto, la entrada y salida de / buques. // He aquí uno de los resultados más tristes de / la guerra actual: la ruina y paralización de to / do lo que se relaciona con el comercio, con los / intereses materiales del país, con la actividad / que le dá vida é importancia. // Esta es pues la guerra vandálica: sin ob- / jeto, porque no tiene programa ni principios, / sin razón, porque no tiene más móvil que la / ambición rastrera de algunos pocos hombres / que pretenden ocupar los puestos y empleos, / unica reforma á que aspiran (Ibíd.: 3)

Desde otra perspectiva, el diario *El Marítimo* ofrece una descripción fáctica de los hechos.

// A la una de esta- / mañana fue tomada por los sitiadores esta / fortaleza, sin disparar un tiro. // Según lo ha manifestado el patrón del va- / porcito San José, el hecho tuvo lugar á la ho- / ra indicada, siendo asaltada la fortaleza por / cuatro hombres que escalaron sus muros, uno / de las cuales cayó lastimándose bastante, por / haberse roto la escalera que le servía para el / asalto // Se nos asegura que no hubo un solo tiro por / haber sido sorprendida ampliamente la guar- / nición del Cerro, á tal extremo de no darle tiem / po á hacer la menor resistencia. // El comisario Montiel se dice, resistió más de / dos horas, sin permitir que se le acercasen, [ilegible] a ser ultimados, pero al fin bajo sé / rias promesas de respetarle la vida se rindió // Los setenta hombres que componían la guar / nición de la fortaleza del Cerro fueron condu / cidos á la Villa de la Unión // (Cit. Año II. N. 528. ABNU)

La operación aparece descrita en este caso como una eficiente maniobra. Siendo garantía de eso la certera acción militar que tuvo a la sorpresa como principal componente, y volviendo los episodios de resistencia infructuosos. La mirada que arroja *El Marítimo* resulta ser mucho más coincidente con la descripción realizada por Aroztegui desde filas contrarias.

La toma del Cerro fué un golpe audaz ideado por los jefes revolucionarios que estaban de destacamento en aquel paraje; golpe audaz que lo mismo que tuvo buen éxito pudo fracasar pereciendo todos barridos por la metralla de la Fortaleza.

Los Coroneles Juan P. Salvañach, Máximo Layera y José L. Mendoza, como los Comandantes Veles y Carreras, que eran los jefes á que nos referíamos, hombres acostumbrados en nuestras luchas á llevar á cabo empresas atrevidas sin detenerse á pesar las dificultades y peligros que pudieran sobrevenir, proyectaron el avance no contando con mas recursos ni combinaciones que con sus propios elementos; supusieron fácil sorprender durmiendo á la guarnición y tuvieron la suerte de conseguirlo. Esta es la verdad exacta de los hechos, siendo falso pues, absolutamente falso, que hubiera habido traición por parte de nadie. (Aroztegui, 1889. T. I: 174)

Podría establecerse que un pequeño grupo de hombres, motivados por la idea de lograr alcanzar un objetivo hasta el momento inédito en la gesta militar, se aproximaron sigilosos en la madrugada, desplazándose hasta las laderas del Cerro montevideano armados de escaleras y demás útiles de asalto, se posicionaron ocultos tras los muros de piedra y se dispusieron en orden de ataque tras desmontar las caballerías. Esperaron ocultos, posicionaron las escaleras en varios puntos aparentemente estratégicos de las murallas y, protegidos por la sombra nocturna, procedieron a cumplir la orden de tomar la fortaleza, que hasta ese día se había configurado en el ideario local como inexpugnable.

Al momento del asalto, José Mendoza, comandante de la guarnición de la fortaleza, y cien soldados de tropa se rindieron a discreción casi sin la menor resistencia. En carta a J. P. Ramírez,¹ con una aparente intención por dilucidar el episodio, decía el comandante vencido:

La presente tiene por objeto hacerle una relación verídica del triste suceso del Cerro, no tanto por sincerarme yo, cuanto porque se defina de una vez ese hecho y no dé cada uno su opinión aislada á ese respecto. La guarnición de la fortaleza se componía de 20 hombres de caballería, que no sabían cargar un fusil, de 8 inválidos y de 12 Guardias Nacionales cuyo conjunto Vd. comprende bien, no podía llenar las exigencias de un servicio riguroso. Añada

Vd. á eso, que la guardia de servicio esa noche estaba en connivencia con el enemigo y dígame doctor, si era posible resistirse contra un batallón de catalanes, cuyo arrojo y aptitudes para ese género de empresas sería locura negar, sostenidos por una reserva numerosa y provistos de todos los enseres para un asalto, como escaleras, etc., las que dejaron que armaran las centinelas de la guardia, y por las cuales treparon por seis distintos puntos, pues las llaves del porton estaban en mi poder. (Carta de Mendoza a Ramírez. Montevideo, 30/11/1870. En Aroztegui, A. 1889:178).

Estas observaciones realizadas por el jefe de la fortaleza intentan en algún punto dar cuenta de lo acontecido, agregándose un elemento clave, la confesión es privada. Este punto es notoriamente significativo ya que el mismo Mendoza adjudica el episodio perdedor a la inoperancia militar de la tropa, sumada a la acción llevada adelante por un traidor. Infamia según Aroztegui de la que hará eco.

La toma del Cerro no fué una traición de las fuerzas que lo guarnecían como se permitió decir el jefe de la fortaleza en una carta que se publicó en Montevideo, ni es cierto tampoco que solo tuviera guarnición. La gente que en dicha carta se asevera, pues de ser así, como el mismo Sr. Jefe se encarga de desmentirse en los partes anteriores, no hubieran llevado á cabo las proezas de que tanto alarde hace en ellos. (1889:175).

La carta de Mendoza a su *compatriota y amigo* Ramírez, como expresará al pie de la misiva, forma parte de la correspondencia privada entre dos destacadas figuras militares y políticas de la época. Antiguos partidarios de las filas coloradas que compartían un estrecho vínculo afectivo. Esta redacción podría suponer en primera instancia una confesión rigurosa que revelaría el dilema sobre la existencia de la traición, sin embargo, un pasaje de la carta nos muestra una intención subyacente: «Haga Vd. el uso que quiera de esta carta y ordene á su compatriota y amigo». Es acaso en este punto en donde la intención de Mendoza se revela. La nota se haría pública, y por lo tanto sus descargos y justificación de la derrota. Este último aspecto se podría sintetizar en uno de los pasajes del mismo documento.

Esta es la verdad de lo acaecido y debo advertirle Doctor que día á día por escrito y verbalmente había pedido, conociendo la insuficiencia de la guarnición, un refuerzo de infantería, el que me había sido negado por el gobierno. Por lo demás, viejo soldado del partido colorado, solo siento que mi nombre se vincule á traición, y aunque abatido por una gran desgracia, crea que guardo intacta la sinceridad de mi conciencia. (Carta de Mendoza a Ramírez. Montevideo, 30/11/1870. En Aroztegui, A. 1889:178).

El intento por exonerar a su persona de cualquier responsabilidad militar o moral —quizá por razones suficientes como las consecuencias punitivas mencionadas más arriba— parece ser el impulso fundamental de la diatriba, así como también la intención por reconocer la existencia de un traidor ajeno que demuestre su inocencia.

Podríamos establecer entonces que la enunciación de un traidor por parte de Mendoza no es otra cosa que un intento por desviar las miradas de su persona, buscando justificar la deshonra militar a través de la falta de apoyo en materia de recursos logísticos y mediante la construcción de un chivo expiatorio basado en un traidor anónimo e inexistente. Tal vez para afirmar esta intencionalidad en el discurso del jefe de la fortaleza debemos tener en cuenta que las repercusiones del episodio fueron inmediatas en la prensa montevideana, y la existencia de un traidor en las filas oficiales se instaló automáticamente en la opinión pública. Desde los principales periódicos se describió el suceso del Cerro como «el hecho más vergonzoso que se conoce en nuestros anales militares» (*El Siglo*, 29/11/1870). Una vergüenza que solamente podría ser justificada por medio de la traición, alejando cualquier sospecha de inoperancia o flaqueza militar. El diario *El Ferrocarril* publicaba el lunes 28 de noviembre de 1870, a unas pocas horas de lo sucedido:

//Último momento// 4 de la tarde// La caída de la Fortaleza del Cerro es un he/chos
averiguado, pero caro le ha costado al/ enemigo esa adquisición// ¿Fue una sorpresa o

una traición? // Eso pronto lo sabremos// En cambio tenemos que dar cuenta de una/magnífica operación llevada cabo en estos/ momentos por la valiente guarnición de la plaza-/za. // 2000 hombres con 7 piezas de artillería, han/ sido suficientes para arrollar a toda la fuerza/ armada enemiga. Causándoles muchos muer- /tos, heridos y prisioneros, entre estos el Mayor/ Estomba, hermano del coronel de este nombre// Hay muchos otros en la cárcel y en las líneas// La Columna que salió de la plaza, al mando/ del Sr. presidente de la República, ha penetra-/do á la Villa de la Unión, y á esta hora (4 de la tarde), sigue en marcha hasta Maroñas// Se dice que el Colegio de la Unión, con fu-/erza enemiga, está sitiado por las fuerzas de la plaza// El golpe ha sido regio// el espíritu de la guarnición no retempla// Mañana más pormenores// Hurrah á los valientes// (EL FERROCARRIL. Domingo 28 y lunes 29 de noviembre 1870. Montevideo. Año II, n. 527. ABNU)

El intento por disminuir la impresión sobre la potencia militar del enemigo es insistente, buscando evitar el pánico en la población y generando una impresión de zozobra bélica por parte del Gobierno. De este modo, el reconocimiento de la superioridad estratégica y táctica del enemigo como la causa fundamental que explicara la pérdida de la posición militar era inadmisibles. Es en este punto en donde la idea de traición comienza a tener un sentido político y a determinar un aparato lógico que estructura consecuencias aplicadas a la conducta social de las tropas en particular y sobre la población en general.

Conclusiones

El uso apelativo de la emoción se vuelve parte del engranaje político, la traición repara sobre el incumplimiento de la norma emocional atribuida al honor y la lealtad, siendo la consecuencia de ir contra un *emotives* la insospechada pérdida. De esta manera la legitimidad del Gobierno permanecería intacta, ya que se demuestra que nada puede hacerse frente a la perfidia de la traición, crimen ominoso e inmoral. La generación emocional ofició como justificación del Gobierno frente al proceder perdidioso en la guerra. Es de esta manera que la rápida respuesta de Mendoza acusando a un traidor anónimo y alegando falta de recursos militares podría suponer un intento desesperado por conservar su honor en el marco de una refriega discursiva que buscaba instalar desde la prensa la idea de que únicamente por medio de la traición se había hecho posible la derrota.

Es debido a esta apelación emotiva que se establece una estrategia política por parte del Gobierno en busca de restaurar la legitimidad institucional desde el aminoramiento de la derrota en el campo de batalla. Dejando como única y probable causa del fracaso el accionar de un traidor. La pérdida de la fortaleza del Cerro como enclave estratégico para la defensa de la ciudad de Montevideo resultó ser un duro golpe para el gobierno de Lorenzo Batlle y los defensores de la ciudad. La condición inédita del episodio hizo tambalear las bases institucionales del poder político y generó una imagen derrotista en las filas de combatientes que custodiaban el intramuros. La necesidad de reafirmar la lealtad política y estimular anímicamente a la población sitiada en su combate contra los revolucionarios tuvo un corolario fáctico en la respuesta que se manifestó en la avanzada militar de las tropas oficiales sobre la Villa de la Unión en la mañana del mismo día de la toma del Cerro, y una reacción discursiva generada a partir de la publicación de impresiones periódicas.

La insistencia en que existió un traidor que hizo posible la caída de la fortaleza amurallada provocó un estado de incertidumbre que volvía a cualquier miembro del Ejército oficial un potencial deshonorado, aumentando de esta manera la presión por demostrar lealtad entre los integrantes de la milicia que guarnecía la fortaleza aquella noche del asalto, pero extendiendo esta emoción sobre el resto de la tropa oficial.

La idea de traición sirvió como estímulo para reagrupar y reafirmar la obediencia y lealtad al Gobierno a pesar de la humillante derrota. Demostrarse como honorable era no verse como traidor, al mismo tiempo que confirmaba con mayor fervor el compromiso con la causa de la defensa. El propio jefe Mendoza construye de manera versátil y especulativa, acompasando la visión de la prensa, la noción de que un traidor habría abierto desde el

interior las puertas de la fortaleza para permitir el ingreso del enemigo; sin alcanzar a ser más efectiva esta afirmación que las suposiciones establecidas desde las publicaciones periódicas, queda en evidencia que la rápida impresión aseguraba que la acusación no recayera sobre su figura, siendo que él mismo había descartado la inoperancia militar como causa.

Se puede concluir de este modo que el uso político de la traición fue el eje central de un discurso oficial que apeló a la emocionalidad de la población sitiada por medio de la prensa escrita con un doble objetivo: justificar una derrota acaecida en el campo de batalla que demostraría flaqueza desde la posición táctica frente al ejército revolucionario y, en segundo término, reafirmar la fidelidad al Gobierno como sinónimo de la preservación del honor y sentido de lealtad patriótica, como homónima expresión asociada al sentido institucional que debía ser representado en la figura presidencial.

Notas

¹ Abogado. Miembro fundador del Ateneo de Montevideo. Rector de la Universidad de la República entre 1882 y 1884. Periodista en el diario El Siglo. Ocupó cargos como legislador y ministro de Estado. Presidente del Jockey Club entre los años 1909 y 1913. Intervino como agente del Gobierno en las tratativas de acuerdo con los revolucionarios de Aparicio Saravia.

Bibliografía

Fuentes primarias

Inéditas

ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO (1871). Actas de leva y listas de pagos. Fortaleza General Artigas, Fondo/Colección, Archivo del Museo Histórico Militar (AMHM). Montevideo.

Editas

AROSZTEGUY, A. (1889). La Revolución Oriental de 1870. Buenos Aires: Ed. Félix Lajouane.
MARGAT, Pedro (1979). Diario del Establecimiento de Horticultura y Aclimatación 1846-1871. Montevideo: Museo Histórico Nacional, pág. 195.

Fuentes secundarias

Sobre la Revolución de las Lanzas

- ACEVEDO, E. (1933). Anales históricos del Uruguay. Montevideo: Casa A. Barreiro y Ramos.
BARRÁN, José P. (1989). Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Montevideo: EBO.
BARRÁN, José P. (1995). Apogeo del Uruguay pastoril y caudillesco. Montevideo: EBO.
CASTELLANOS, A. (1999) [1977]. Timoteo Aparicio: El ocaso de las lanzas. Montevideo: EBO.
DELEON TESTA, G.; DÍAZ BUSCHIAZZO, M.; LASCANO, D. (2020). Sesquicentenario de la Batalla del Sauce: 1870. Colonia.
DELEON TESTA, G.; DÍAZ BUSCHIAZZO, M. (2021). Batalla de Manantiales del San Juan: 17 de Julio de 1871. Colonia.
DEPARTAMENTO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO (1996). Boletín Histórico del Ejército (Aspectos Logísticos y Recursos Humanos del ejército revolucionario durante la revolución de las lanzas 1870-1872. Dep. de Estudios Históricos. División Historia. Ns. 141-144/ 167-170., Montevideo.
LOCKART, W. (1970). Las guerras civiles. La Enciclopedia uruguaya. (Dir. Ángel Rama) Cap. 19. Montevideo.
MACHADO, A. (1973). Historia de los orientales. Montevideo: EBO.
MAIZTEGUI, L. (2004). Orientales. Una historia política del Uruguay. T. 1: «De los orígenes a 1865». Buenos Aires: Grupo Planeta.

- PIVEL DEVOTO, J. (1942). Historia de los partidos políticos en el Uruguay. Montevideo: García.
- VV. AA. El País (Uruguay) (2004). Batallas que hicieron historia. Manantiales. Las últimas lanzas. Montevideo: Ed. de los Talleres Gráficos El Demócrata.
- VV. AA. (1972). Centenario de la Paz de Abril: De la Revolución de las Lanzas al motín del 10 de enero de 1875. Cuadernos de Marcha, n.º 57. Uruguay.

Para la historia de las emociones

- AGULHON, M. (2009). El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848. Siglo XXI [1.ª edición en español].
- ARIÈS, P. (1977). El hombre ante la muerte [Ed. castellana, 1983].
- BARRERA, B.; SIERRA, M. (2020). Historia de las emociones: ¿Qué se cuentan los afectos del pasado? Universidad de Sevilla. Historia y Memoria. Tunja, Colombia.
- BENNO GAMMERL (2012). Journal of Theory and Practice. Volumen 16.
- BJERG, M (2019). Una genealogía de la historia de las emociones. Quinto sol [online] vol. 23, n.º 1 [citado 19-10-2022], págs. 1-20. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/scielo.php?http://dx.doi.org/10.19137/qs.v23i1.2372>
- BODDICE, R. (2018). The History of Emotions. Manchester: Manchester University Press.
- BURKE, P. (2005). Is There a Cultural History of Emotions? En GOUK, P. y HILLS, H. (eds.), Representing Emotions: New Connections in the Histories of Art, Music and Medicine. Aldershot: Ashgate, 35-48.
- COSSE, I. (2013). La Historia de la sensibilidad de José Pedro Barrán: innovación historiográfica y provocación intelectual. Revista de la Biblioteca Nacional, (8), 191-204.
- ELIAS, N. (1939). El proceso de la civilización. FCE.
- FEBVRE, L. (1941). La sensibilité et l'histoire: Comment reconstituer la vie affective d'autrefois? Annales d'Histoire Sociale 3, n.º 1/2: 5-20.
- GAYOL, S. (2008). Honor y duelo en la Argentina moderna. Buenos Aires: Siglo XXI.
- MOSCOSO, J. y ZARAGOZA BERNAL, J. M. (2017). Presentación: Comunidades emocionales y cambio social. Revista de Estudios Sociales, n.º 62, dossier Comunidades emocionales y cambio social: 2-9, doi: <https://dx.doi.org/10.7440/res62.2017.01>
- MOSCOSO, J. (2015). La historia de las emociones, ¿de qué es historia? Vínculos de Historia. Revista del Departamento de Historia de la Universidad de Castilla-La Mancha. Vínculos de Historia, n.º 4, 15-27.
- PLAMPER, J. (2017). Le discours de l'anthropologie. En CORBIN, A., COURTINE, J-J y VIGARELLO, G. (dirs.), Histoire des Émotions. Volumen III (págs. 3-36). París, Francia: Seuil.
- REDDY, W. (2001). The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions. Cambridge and New York: Cambridge University Press.
- ROSENWEIN, B. H. (2006). Emotional Communities in the Early Middle Ages. Ithaca and London: Cornell University Press.
- STEARNS, P. y STEARNSV, C. (1985). Emotionology. Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards. The American Historical Review 90, n.º 4: 813-830, doi: <https://doi.org/10.1086/ahr/90.4.813>

Para la historia social de la guerra

- CLAUSEWITZ, Carl V. (1984) [1832]. On War. Princeton: Princeton University Press.
- DI MEGLIO, G. (2003). Soldados de la revolución. Las tropas porteñas en las guerras de Independencia, 1810-1820. Anuario Ihes, 18.
- ETCHECHURY, M. «Visto y Oído». El testimonio de los prisioneros de guerra: de la experiencia del combate a la propaganda bélica. Río de la Plata (1839-1845).
- FRADKIN, R. (2008). La conspiración de los sargentos. Tensiones políticas y sociales en la frontera de Buenos Aires y Santa Fe en 1816. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- FRASER, R. (2006). La maldita Guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814. Barcelona: Crítica.
- GARAVAGLIA, J.; PRO, J.; ZIMMERMANN, E. (2012). Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado América Latina. Argentina: Siglo XIX. Editorial: Prohistoria Ediciones.
- GONZÁLEZ BERNARDO, P. (2007). La «sociabilidad» y la historia política. En PEIRE, J. (comp.), Actores, Representaciones e Imaginarios. Homenaje a Francois-Xavier Guerra, EDUNTREF. URL: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/24082>

HALPERIN DONGHI, T. (2005) [1972]. *Revolución y Guerra: Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Argentina: Ed. S. XXI.

ISLAS, A. y REALI, M. (eds.) (2018). *Las guerras civiles en el palimpsesto de los conflictos políticos iberoamericanos (1830-1935)*. Madrid: Iberoamericana.

KEEGAN, J. (1995). *Historia de la Guerra*. Madrid: Planeta.

MOREA, A. (2020). *El ejército de la Revolución: una historia del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

RABINOVICH, A. (2017). *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui o la derrota de la revolución*. Buenos Aires: Sudamericana.

SALVATORE, R. (2003). *Wandering paysanos: state order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era*. Durham, North Carolina: Duke University Press.30

Marcelo Cassinelli Bálsamo

Profesor de Historia en Educación Media egresado del Instituto de Profesores Artigas.

Maestrando en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense por FHCE- UdelaR.

Profesor en la DGETP, la DGES y el CFE.

Integrante del grupo de investigación de FHCE- Udelar: "Iconografía Republicana II".
Desarrollo del campo de investigación humana vinculado al estudio sobre la Historia de las Emociones.